

LUIS VÉLEZ DE GUEVARA (1579-1644)

*REINAR DESPUÉS DE MORIR*

ÍNDICE:

JORNADA I  
JORNADA II  
JORNADA III

PERSONAJES:

EL REY DON ALONSO DE PORTUGAL.  
EL PRÍNCIPE DON PEDRO.  
BRITO, *criado*.  
DOÑA BLANCA, *Infanta de Navarra*.  
DOÑA INÉS DE CASTRO.  
ELVIRA, *criada*.  
VIOLANTE, *criada*.  
EL CONDESTABLE DE PORTUGAL  
NUÑO DE ALMEIDA.  
EGAS COELLO.  
ALVAR GONZÁLEZ.  
ALONSO, *niño*.  
DIONÍS, *niño*.  
*Músicos, cazadores, etc.*

JORNADA I

Salen MÚSICOS cantando, el PRÍNCIPE vistiéndose y el CONDESTABLE.

(Cantan.)

MÚSICOS

*Soles, pues sois tan hermosos,  
no arrojéis rayos soberbios  
a quien vive en vuestra luz,  
contento en tan alto empleo.*

PRÍNCIPE.

La capa.

MÚSICO 1.º  
El Príncipe sale.

MÚSICOS  
Prosigamos.

PRÍNCIPE  
El sombrero.

(Cantan.)

MÚSICOS  
*Vuestra benigna influencia  
mitigue airados incendios,  
pues el raudal de mi llanto  
es poca agua a tanto fuego.*

PRÍNCIPE  
¡Ay, Inés, alma de cuanto  
peno y lloro, vivo y siento!  
Proseguid, cantad.

MÚSICO 1.º  
Digamos  
otra letra y tono nuevo.

(Cantan.)

*Pastores de Manzanares,  
yo me muero por Inés,  
cortesana en el aseo,  
labradora en guardar fe.*

PRÍNCIPE  
Parece que a mi cuidado  
esa letra quiso hacer,  
lisonjeándome el alma,  
eterna en mi pecho a Inés.  
Volved, volved, por mi vida,  
a repetir otra vez  
aquesa letra, cantad,  
que me ha parecido bien.

(Cantan.)

## MÚSICOS

*Pastores de Manzanares,  
yo me muero por Inés,  
cortesana en el aseo,  
labradora en guardar fe.*

## PRÍNCIPE

Pues los pastores publican  
que tanta hermosura ven  
en la deidad de mi amante,  
con justa causa diré  
que en perderme fuí dichoso,  
en tan soberano bien.  
Siempre que llega al Mondego  
parece que sólo al ver  
a mi Inés bella, las aves  
quisieran besar su pie.  
Las plantas de su deidad  
reciben fruto: no hay mes  
que en viéndola no sea Mayo;  
no hay flor que a su rosicler  
no tribute vasallaje.  
Si aquesto es verdad, si es  
dueño de aves y plantas  
y de todo cuanto ve  
el Cielo en la tierra hermosa,  
no la lisonjeo en ser  
también yo su esclavo, amor;  
pues a mi Inés me humillé,  
pues me rendí a su hermosura  
a voces confesaré,  
diciendo con toda el alma  
a los que amantes me ven:

*Pastores de Manzanares,  
yo me muero por Inés,  
cortesana en el aseo,  
labradora en guardar fe.*

(Sale BRITO de camino.)

## BRITO

Déle vuestra Alteza a Brito,  
Príncipe, a besar sus pies.

PRÍNCIPE

Brito, seas bien venido.  
¿Cómo dejas a mi bien?

BRITO

Déjame alentar un poco  
y luego te lo diré,  
que aun no pienso que he llegado,  
que un rocín de Lucifer  
que el portugués llama *posta*,  
que *jebao* llama el francés,  
y el bridón napolitano  
algunas veces *corsier*,  
de tan altos pensamientos,  
que en subiendo encima dél,  
anda a coces con el sol  
y a cabezadas después,  
me trae sin tripas, que todas  
se me han subido a la nuez,  
a hacer gárgaras con ellas,  
sin lo que toca al borrén  
que viene haciéndose ruedas  
de salmón.

PRÍNCIPE

Calla, no des  
suspensión a mi cuidado  
sino, dime, ¿cómo fue  
tu viaje? Cuenta, Brito,  
que ya deseo saber  
nuevas de mi hermosa prenda,  
Habla, Brito.

BRITO

Bueno, a fe,  
para contarle quedemos  
solos los dos.

PRÍNCIPE

Dices bien.  
Condestable, despejad;  
y a estos músicos les den,  
cuando no por forasteros,  
porque han celebrado a Inés  
mil escudos.

CONDESTABLE

Despejad.

PRÍNCIPE

Id con Dios.

MÚSICO

El cielo dé  
a vuestra Alteza, señor,  
un siglo de vida, amén.

PRÍNCIPE

Id con Dios.

MÚSICO

¡Qué gran valor!

OTRO

¡Qué cordura!

MÚSICO

Octavio, ven,  
no es señor quien señor nace,  
sino quien lo sabe ser.

(Vanse los MÚSICOS y el CONDESTABLE.)

PRÍNCIPE

Ya, Brito, quedamos solos;  
dime, ¿cómo queda Inés?  
¿Cómo la dejaste, Brito?  
Responde presto.

BRITO

A perder  
el sentido cada instante  
que entre tus brazos no esté.

PRÍNCIPE

¿Y Alonso y Dionís?

BRITO

El uno  
es jazmín y otro clavel,  
y cada cual es retrato  
de los dos.

## PRÍNCIPE

Has dicho bien;  
prosigue, prosigue, Brito.

## BRITO

Oye y te la pintaré,  
si de tanta beldad puede  
ser una lengua pincel.  
Llegué a Coimbra apenas  
ayer, cuando al blasón de sus almenas  
a un tiempo hicieron salva  
los músicos de cámara del alba,  
el Sol, y luego el día,  
y primero que todos mi alegría.  
Guié los pasos luego  
a la quinta, Narciso del Mondego,  
que guarda en dulce empeño  
la beldad soberana de tu dueño,  
cuando, dando al Aurora  
celos, el Sol parece que enamora  
el Oriente divino  
de Inés, Sol para el Sol más peregrino.  
Que aun no he llegado creo,  
piso el umbral y en el zaguán me apeo,  
(que gustan los amantes  
que les vayan contando por instantes,  
por puntos, por momentos,  
las dichas de sus altos pensamientos,  
que brevemente dichas  
no les parece que parecen dichas).  
Al fin al cuarto llego,  
alborozado, sin aliento, y luego  
a las cerradas puertas,  
sólo a tu amor eternamente abiertas,  
dos veces toco en vano,  
que en este oriente aun era muy temprano;  
si bien tu hermoso dueño,  
rendida a su cuidado más que al sueño,  
voces dio a las criadas,  
menos de mi venida alborozadas.  
Perdóneme Violante,  
a quien más debe el sueño que su amante,  
mas yo, como es mi vida,  
la quiero bien dormida y bien vestida,  
esté ausente o presente

porque mi amor es menos penitente.

### PRÍNCIPE

Pasa, Brito, adelante  
y con mi amor no mezcles a Violante,  
ni burlas con mis veras,  
que espero nuevas de mi bien.

### BRITO

Esperas  
las que siempre procuro  
yo traerte, ¡vive Dios!; al fin el muro,  
el oriente dorado  
de aquel sol, de aquel cielo, franqueado,  
sin reparo ninguno,  
corro los aposentos uno a uno  
y no paro hasta donde  
está la esfera que tu Sol esconde;  
su amor me desalumbra,  
y sin la permisión que se acostumbra,  
verla y hablarla trato,  
que el alborozo precedió al recato.  
Entro, al fin, sin sentido,  
y en el dorado tálamo que ha sido  
teatro venturoso  
más de tu amor que del común reposo,  
amaneciendo entonces  
y enamorando mármoles y bronces,  
los ojos en estrellas,  
en nieve y nácar las mejillas bellas,  
en claveles la boca,  
la frente y manos en cristal de roca,  
en rayos los cabellos  
entre Alfonso y Dionís, tus hijos bellos,  
asidos a porfía  
(por maternal terneza o compañía)  
del cuello de alabastro,  
deidad admiro a Doña Inés de Castro;  
aurora en carne humana,  
taraceado abril con la mañana,  
todo un cielo abreviado  
y al sol de dos luceros abrazado.  
Quedé tierno y dudoso,  
que, como de aquel árbol generoso  
tan hermoso pendían,  
racimos de diamantes parecían;

ella, amor ostentando,  
aunque de honestidad indicios dando  
a la nieve divina,  
de púrpura corriendo otra cortina,  
que de tales mujeres  
siempre son los recatos sumilleres;  
más encendida aurora,  
sobre las almohadas se incorpora,  
y ya, como embarazos,  
deja a Dionís y Alfonso de los brazos,  
que de sentido ajenos,  
favores y ternezas no echan menos,  
tanto en tan dulce empeño  
pueden los pocos años con el sueño;  
y con ansia infinita,  
antes que una palabra me permita,  
ni besarla una mano  
(recato portugués o castellano),  
me dijo: ¿Cómo dejas  
a Pedro, Brito? Y con celosas quejas  
prosiguió, más hermosa  
que lo está una mujer que está celosa,  
porque han dado los celos  
hasta el color que viste a los cielos,  
tu tardanza culpando  
en Santarem con Doña Blanca, cuando  
tu padre la ha traído  
para tu esposa.

#### PRÍNCIPE

Perderé el sentido  
Brito, si Inés no fía  
todo su amor a toda el alma mía.  
Primero verá el cielo  
su vecindad de estrellas en el suelo,  
verá la noche fría  
que puede competir al claro día,  
que falte la firmeza  
con que yo adoro a Inés.

#### BRITO

Oiga tu Alteza;  
basta, basta, no ofusques  
ni relación ni imposibles busques  
mal guisados, ni modos,  
que yo los doy por recibidos todos,

y lo mismo hará el dueño  
por quien me he puesto en semejante empeño.  
Al fin escucha atento.

PRÍNCIPE  
Prosigue.

BRITO  
Como digo de mi cuento

PRÍNCIPE  
Acaba.

BRITO  
Ven conmigo;  
la tal Inés, en la ocasión que digo,  
finezas y ansias junta,  
y entre falsa y celosa me pregunta:  
«Dime, Brito, ¿es bizarra  
Doña Blanca la infanta de Navarra,  
de Pedro nueva empresa,  
que viene a ser de Portugal princesa?»  
Yo la respondo entonces,  
haciéndome de pencas y de gonces:  
«Aunque Blanca no es fea,  
es contigo muy poca taracea,  
moneda mal segura  
que no puede correr con tu hermosura,  
y si intenta igualarse  
contigo, muy de noche ha de pasarse.»  
En esto despertaron  
Dionís y Alfonso, y juntos preguntaron  
a una vez por su padre;  
enternecióse oyéndolos la madre;  
o fuese amor o celos,  
tocó a anegar en lágrimas dos cielos,  
y en lluvias tan extrañas,  
sartas de perlas hizo las pestañas  
que en sus luces hermosas  
de perlas se volvían mariposas,  
y abrasándose en ellas  
granizaron los párpados estrellas;  
y viendo contra el día  
que abajo tanto cielo se venía,  
calmando sus recelos  
dile tu carta y serenó sus cielos.

Cedióse a su alegría,  
convaleció de su tristeza el día,  
quedó el sol sin nublado,  
porque del desperdicio aljofarado  
al último suspiro  
mucho cristal sobró para zafiro.  
Tomó el pliego y besóle,  
y tres o cuatro veces repasóle  
con señas diferentes  
(que es costumbre de espías y de ausentes).  
Pidió la escribanía,  
volvió otra vez a perturbarse el día,  
los cielos se cubrieron,  
a la tinta las lágrimas suplieron  
y mientras escribía,  
un alma en cada lágrima cabía,  
siendo en tantos renglones  
las almas muchas más que las razones;  
cerró llorando el pliego,  
sellóle, despachóme y partí luego  
otra vez por la posta,  
pareciéndome el mundo senda angosta,  
y con el «fuera, aparta»,  
entré por Santarem y ésta es su carta.

#### PRÍNCIPE

Levanta, Brito, del suelo,  
que sólo tú puedes dar  
tal alivio a mi pesar,  
tal fin a mi desconsuelo.  
Toma esta cadena, Brito,  
en tanto que a besar llevo  
que Inés con el llanto ha escrito.

#### BRITO

Besa muy enhorabuena,  
mientras que, tomada a peso,  
primero yo también beso  
las letras desta cadena.  
¡El Rey!

#### PRÍNCIPE

¿Mi padre?

#### BRITO

Señor,

el mismo.

PRÍNCIPE  
Guardaré el pliego  
de Inés.

BRITO  
Y yo a guardar iré  
mi cadena, que es mejor.

(Sale el REY DON ALFONSO.)

REY  
¿Príncipe?

PRÍNCIPE  
¿Señor?

REY  
¿Qué hacéis?

PRÍNCIPE  
¿Vos aquí?

REY  
No hay que admiraros  
de que venga yo a buscaros,  
Pedro, pues vos no lo hacéis.  
Yo os quisiera hablar despacio.

PRÍNCIPE (Aparte.)  
(Hoy corre mi amor fortuna.)

REY (A BRITO.)  
¿Quién sois vos?

BRITO  
Señor, soy una  
sabandija de Palacio.

REY  
¿De qué al Príncipe servís?

BRITO  
De mozo fidalgo.

REY

Bien,

¿de camino estáis también?

BRITO

Soy su maza.

REY

¿Qué decís?

BRITO

Que voy siempre con su Alteza  
adonde quiera que va.

REY

Y aun donde no va.

BRITO

Esa es ya  
maliciosa sutileza.

REY

Algo desembarazado  
sois.

BRITO

Sí, señor poderoso,  
que en Palacio al vergonzoso  
siempre el refrán ha culpado.

REY

¿Cómo os llamáis?

BRITO

Brito.

REY

¿Vos  
sois Brito? Ya quien sois sé,  
sois hombre de mucha fe.

BRITO

Eso sí, señor, por Dios,  
porque con ella he servido  
a su Alteza, como ya  
de mí satisfecho está.

PRÍNCIPE

Es Brito muy entendido,  
con razón le estimo y quiero,  
téngole notable amor.

REY

Para que le hagáis favor  
no habrá menester tercero,  
que en esto debe tener  
gran maña y agilidad.

BRITO

Mintió a vuestra Majestad  
quien fue de ese parecer,  
que a su Alteza no le han dado  
tan poca parte los cielos,  
que haya menester anzuelos  
en el ardid del criado.  
No me ha menester a mí  
para ninguna facción,  
porque los méritos son  
siempre terceros de sí;  
y cuando en alguna se halle  
difícultosa de obrar,  
no ha de ir, ni es justo, a buscar  
alcahuetes a la calle.  
Porque el Príncipe es humano  
y alguna vez se enamora,  
aunque a esta plaza hasta ahora  
no le he tomado una mano.  
Vuestra real Majestad  
perdone estas baratijas,  
porque hasta en las sabandijas  
la defensa es natural.  
Y adiós, que contra cautelas  
de Palacio asisto en mí,  
que estoy indecente así  
con botas y con espuelas. (Vase.)

REY

Pedro, los que hemos nacido  
padres y reyes, también  
hemos de mirar al bien  
común más que al nuestro.

PRÍNCIPE

Ha sido,  
padre y señor, atención  
debida a esa Majestad.  
¿Qué me mandáis?

REY

Escuchad,  
veréis que tengo razón.  
Yo os he casado en Navarra  
con la Infanta, que Dios guarde;  
y en Lisboa, a vuestras bodas  
se han hecho fiestas y tales  
que todos nuestros fidalgos  
procuraron señalarse  
dando muestras con su afecto  
de ser nobles y leales.  
Después que llegó la Infanta  
he reparado que sale  
a vuestro rostro un disgusto  
que os divierte de lo afable,  
os retira de lo alegre,  
y sólo pueden llevarse  
aquestos extremos, Pedro,  
con el mucho amor de padre.  
Doña Blanca disimula,  
y aunque la causa no sabe,  
piensa sin duda que es ella  
causa de vuestros pesares.  
Hacedme gusto de verla  
con amoroso semblante;  
Príncipe, desenojadla,  
que es vuestra esposa, no halle  
cuando con vos tanto gana  
el perderse en el ganarse.  
Yo os lo ruego como amigo,  
os lo pido como padre,  
os lo mando como Rey,  
no deis lugar a enojarme.  
Ella viene, aquí os quedad,  
prudente sois, esto baste. (Vase.)

PRÍNCIPE

¡Ay Inés, cómo por ti,  
loco, rendido y amante,  
ni admito la corrección

ni hay ventura que me cuadre!

(Sale la INFANTA.)

INFANTA  
Guarde Dios a vuestra Alteza.

PRÍNCIPE  
¿Señora?

INFANTA  
¿Príncipe?

PRÍNCIPE  
Dadme  
la mano a besar.

INFANTA  
Señor,  
deteneos, que no es galante  
acción que beséis mi mano,  
cuando advierto que no sale  
ese cortesano afecto  
de marido ni de amante.  
Yo, señor, soy vuestra esposa  
y debéis considerarme  
reina ya de Portugal  
si fuí de Navarra infante.

PRÍNCIPE (Aparte.)  
(Eso no, viviendo Inés.)  
Señora, sólo un instante  
os suplico que me deis  
audiencia; sentaos y hable  
el alma, que muda ha estado  
hasta poder declararse.

INFANTA  
Decid.

PRÍNCIPE  
Atended.

INFANTA  
Ya oigo.  
Pasad, Príncipe, adelante.

## PRÍNCIPE

Casé, señora, en Castilla,  
obedeciendo a mi padre,  
primera vez con su Infanta,  
que en globos de estrellas yace.

Tuve desta dulce unión  
un hijo, y puesto que sabe  
vuestra Alteza estos principios,  
paso a lo más importante.

Cuando mi difunta esposa  
vino conmigo a casarse,  
pasó a Portugal con ella  
una dama suya, un ángel,  
una deidad, todo un cielo;  
perdóneme que la alabe  
vuestra Alteza, en su presencia,  
que informada de sus partes  
importa, porque disculpe  
osadas temeridades  
cuando advertida conozca  
las causas de efectos tales.

Era al fin por acabar  
la pintura desta imagen,  
el retrato deste sol,  
deste archivo de deidades,  
Doña Inés de Castro, Cuello  
de Garza, que con su padre  
pasó a servir a la reina,  
mejor dijera a matarme;  
y aunque siempre su hermosura  
fue una misma, ni un instante  
me atreví, señora, a verla  
con pensamientos de amante,  
que a sola mi esposa entonces  
rendí de amor vasallaje,  
hasta que cruel la Parca  
le cortó el vital estambre.

Muerta mi esposa, trató  
casarme otra vez mi padre  
con vuestra Alteza, señora,  
que el cielo mil siglos guarde,  
sin que este segundo intento  
conmigo comunicase;  
yerro que es fuerza que ahora  
vuestro decoro le pague,

y le sienta yo, por ser  
vuestra Alteza a quien se hace  
la ofensa; que el sentimiento  
no será bien que me falte  
a tiempo que por mi causa  
padecéis tantos desaires.

(Aparte.)

(Confusa, hasta ver el fin,  
será fuerza que se halle.  
Mas supuesto que es forzoso  
el decirlo y declararme,  
rompa el silencio la voz,  
pues que no puedo excusarme.)  
Muerta, señora, ya mi esposa amada,  
querida tanto como fue llorada,  
pasados muchos días de tormento,  
difunto el gusto y vivo el sentimiento,  
en un jardín, al declinar el día,  
mis imaginaciones divertía,  
mirando cuadros y admirando flores,  
archivos de hermosuras y de olores.  
Al doblar una punta de claveles,  
desta hermosa pintura los pinceles,  
al pasar por un monte de azucenas,  
que mirar su blancura pude apenas,  
porque la candidez de su hermosura  
la vista me robó con la blancura;  
y en una fuente hermosa,  
que tenía el remate de una rosa,  
para su adorno un Fénix de alabastro,  
vi a Doña Inés de Castro,  
que al margen de la fuente  
se miraba en el agua atentamente;  
y olvidado de mí, viendo mi muerte  
en su deidad, la dije desta suerte:  
«Nunca pensé que pudiera,  
muerta mi esposa, querer  
en mi vida otra mujer,  
ni que otro cuidado hubiera  
con que el dolor divirtiera  
de mi pena y mi dolor;  
pero ya he visto en rigor,  
advirtiendo tu deidad,  
que aquello fue voluntad,

y aquesto sólo es amor.  
¿Cómo puede ser (¡ay cielos!)  
que en mi casa haya tenido  
el mismo amor escondido,  
sin que remontase el vuelo  
a su atención mi desvelo?  
¿Cómo este bien ignoré?  
¿Cómo ciego no miré,  
cómo en esta luz hermosa  
no fui incauta mariposa,  
y cómo no te adoré?»  
Hice este discurso apenas,  
cuando a mirarme volvió  
el rostro, y entonces yo  
puse silencio a mis penas;  
heladas todas las venas,  
quedé, mirándola, helado;  
ella, el aliento turbado,  
quiso hablar, hablar no pudo,  
quedó suspensa y yo mudo,  
en su imagen transformado.  
El alma al verla salió  
por la puerta de los ojos,  
y a sus plantas, por despojos,  
las potencias le ofreció;  
el corazón se rindió  
sólo con llegar a ver  
esta divina mujer,  
y ella, viéndome rendido  
y en su hermosura perdido,  
pagó con agradecer.  
Desde este instante, señora,  
desde aqueste punto, Infanta,  
hicimos tan dulce unión  
reciprocando las almas,  
que girasol de su luz,  
atento a sus muchas gracias,  
vivo en ella tan unido  
debajo de la palabra  
y fe de esposo, que amor  
cuando perdido se halla,  
para poderla cobrar  
se busca entre nuestras ansias.  
En una quinta que está  
cerca del Mondego, pasa  
ausencias inexcusables,

solamente acompañada  
a ratos de mi firmeza  
y siempre de mi esperanza.  
Tenemos de aqueste logro  
de Cupido, de esta llama  
del ciego dios, dos infantes,  
dos pimpollos y dos ramas,  
tan bellos, que es ver dos soles  
mirar sus hermosas caras.  
Querémonos tan conformes,  
son tan unas nuestras almas,  
que a un arroyo o fuentecilla  
adonde algunas mañanas  
sale a recibirme Inés,  
todos los de la comarca  
llaman, por lisonjearnos,  
el Penedo de las ansias.  
En fin, señora, mi amor  
es tan grande que no hay planta  
que para amar no me imite,  
no hay árbol que con las ramas  
esté tan unido como  
lo estoy con mi esposa amada.  
Y aunque parezca desaire  
a vuestra Alteza contarla  
aqueste empleo, he advertido  
que es mejor, para obligarla,  
cuando engañada se advierte,  
decirlo y desengañarla,  
pues cuando de Portugal  
no sea reina, en Alemania,  
en Castilla y Aragón,  
hay príncipes que estimaran  
saber aquesta ventura  
que habéis juzgado a desgracia;  
y porque me espera Inés  
y culpará mi tardanza,  
dadme licencia, señora,  
que a verme en su cielo vaya,  
pues es bien que asista el cuerpo  
allá donde tengo el alma.

(Vase.)

INFANTA

¿Han sucedido a mujer

como yo tales desaires?  
¿Cómo es posible que viva  
quien ha oído semejante  
injuria? ¡Al arma! ¡Venganza!  
Despida el pecho volcanes  
hasta quedar satisfecha.  
Muera conmigo quien hace  
que a una infanta de Navarra  
el decoro le profanen;  
que una mujer celosa y agraviada  
sola consigo mismo es comparada,  
que si la aflige amor y acosan celos,  
aun seguros no están della los cielos. (Vase.)

(INÉS, en traje de caza, con escopeta, y VIOLANTE, criada.)

VIOLANTE

¿No estás cansada, señora?

DOÑA INÉS

Sí, Violante, y triste estoy;  
hacia el Mondego me voy,  
que el sol el ocaso dora;  
y antes que sea más tarde,  
pues Pedro no viene, quiero  
retirarme.

VIOLANTE

Siempre espero  
que hagas de tu gusto alarde,  
sin cuidados amorosos.

DOÑA INÉS

Violante, no puede ser,  
que en la que llega a querer  
no hay instantes más gustosos  
que los que da a su cuidado.  
¿Qué será no haber venido  
mi Pedro?

VIOLANTE

Le habrá tenido  
el Rey, su padre, ocupado;  
desecha ya la tristeza  
que te aflige.

DOÑA INÉS  
No te asombre;  
y temo olvidos.

VIOLANTE  
Su Alteza  
sólo en ti vive, señora,  
sólo tu amor le desvela.

DOÑA INÉS  
Como el pensamiento vuela,  
hizo este discurso ahora.  
Violante, advierte mi pena;  
que no temo sin razón,  
ni esta profunda pasión  
es bien que la juzgue ajena;  
el Príncipe, mi señor,  
aunque amante le he advertido,  
se ve, Violante, querido,  
y esto aumenta mi temor;  
advierto que está delante,  
contrastando mi fortuna,  
una hermosa Venus, una  
Blanca, de Navarra infante;  
su padre quiere casarle,  
aunque casado se ve,  
y puede ser que mi fe  
llegue, Violante, a cansarle;  
mira tú si mi fortuna  
infelice puede ser,  
que a la más cuerda mujer  
se la doy de dos la una;  
toma la escopeta allá,  
ya que ésta la quinta es.

VIOLANTE  
Descansa, señora, pues.

DOÑA INÉS  
Todo disgusto me da.

VIOLANTE  
¿Quieres, señora, que cante,  
para divertir tu pena,  
una letra nueva y buena  
que te alegre?

DOÑA INÉS

Sí, Violante;  
canta, y no por alegrar  
mi pena te lo consiento,  
sino porque a mi tormento  
quisiera un rato aliviar.

VIOLANTE

*Saiidade minha.*  
*¿Cuándo vos vería?*

DOÑA INÉS

*Diga el pensamiento,*  
*pues sólo él siente,*  
*adorado ausente,*  
*lo que de vos siento;*  
*mi pena y tormento*  
*se trueque en contento*  
*con dulce porfía.*  
*Saiidade minha,*  
*¿cuándo vos vería?*

VIOLANTE

*Minha saudade*  
*caro penhor meu*  
*¿a quem direi eu*  
*tamanha verdade?*  
*Na minha vontade*  
*de noite e de dia*  
*siempre vos vería.*  
*Saiidade minha*  
*¿quando vos vería?*  
(Sigue hablando.)  
Parece que se ha dormido,  
y con paso diligente  
vuelve atrás la hermosa frente,  
todo el curso suspendido.  
Dejarla quiero al beleño  
deste descanso, entre tanto  
que da tregua a su llanto,  
árboles guardadla el sueño.

(Vase y sale el PRÍNCIPE DON PEDRO con BRITO.)

PRÍNCIPE

Gracias a Dios, Brito amigo,  
que he salido a ver mi bien.  
¿Quién fue más dichoso, quién  
pudo igualarse conmigo?  
¿Posible es, Brito, que estoy  
donde pueda ver mi esposa,  
entre cuya llama hermosa  
simple mariposa soy?

BRITO

Tan posible, que llegamos  
a la quinta que está enfrente  
del Mondego.

PRÍNCIPE

Aguarda, tente.

BRITO

¿Has visto algo entre los ramos?

PRÍNCIPE

¿No ves a Inés celestial  
que aquí a la vista se ofrece?

BRITO

Que está dormida parece  
al margen de aquel cristal  
que la fuente vierte; calla,  
no la despiertes, señor.

PRÍNCIPE

Díselo, Brito, a mi amor.

BRITO

Luego ¿quieres despertalla?

PRÍNCIPE

Quiero, Brito, y no quisiera  
impedirla el descansar.

BRITO

Será lástima inquietar  
su sosiego.

DOÑA INÉS (Soñando.)

Tente, espera

PRÍNCIPE  
Parece que habla.

BRITO  
Estará,  
señor, entre sueño hablando.

PRÍNCIPE  
¿Qué estará mi bien soñando?

BRITO  
Contigo el sueño será.

DOÑA INÉS  
¡Que me mata, tente, aguarda!  
¡Alfonso, Dionís, Violante!

PRÍNCIPE  
Deja, Brito, que adelante  
pase, porque ya se tarda  
mi deseo en ver despierto  
mi hermoso sol.

BRITO  
Llega pues,  
pero despertar a Inés  
será grande desacierto.

DOÑA INÉS  
No me maten tus rigores;  
¿por qué me quitas la vida?  
Pedro, Pedro de mi vida,  
esposo, mi bien.

PRÍNCIPE  
Amores,  
mucho he debido al pesar  
que en ti ha ocasionado el sueño,  
pues te traje, hermoso dueño,  
en mi pecho a descansar.

DOÑA INÉS  
¡Pedro, señor, dueño amado!

PRÍNCIPE

¿Qué tienes, Inés?

DOÑA INÉS (Despierta.)

Soñaba

que la vida me quitaba...

PRÍNCIPE

¿Quién?

DOÑA INÉS

Un león coronado,

y a mis dos hijos, ¡ ay cielo!,

de mis brazos ajenaba

y airado los entregaba

(aun no cesa mi recelo)

a dos brutos que inhumanos

los apartaron de mí.

PRÍNCIPE

¿Eso, Inés, soñaste?

DOÑA INÉS

Sí.

PRÍNCIPE

Fueron tus recelos vanos,

desecha, Inés, el dolor,

cóbrate más valerosa,

si bien estás más hermosa

con el susto y el temor.

DOÑA INÉS

¿Eres mío?

PRÍNCIPE

Tuyo soy.

DOÑA INÉS

Y tuya mi fe será.

BRITO

¿Adónde Violante está?

A pedirla celos voy.

DOÑA INÉS

Nunca como hoy, dueño mío,

temí de mi amor mudanzas,  
no porque de ti no fío,  
sino por ser desdichada.  
Apenas de nuestra quinta  
salí a caza esta mañana,  
cuando vi una tortolilla  
que entre los chopos lloraba  
su amante esposo perdido.  
Yo, de verla lastimada,  
llegué a temer que mi suerte  
no me trajese a imitarla.  
Vi luego que de una vid  
un olmo galán se enlaza,  
y envidiosa de sus dichas  
también se me turbó el alma.  
Pues un tronco bruto goza  
posesión más bien lograda,  
yo apenas gozo el bien  
cuando todo el bien me falta.  
Y como en la tortolilla  
he visto más declaradas  
mis sospechas temerosas,  
siendo yo tan desdichada,  
no es mucho, Pedro, que tema  
llegar a imitar sus ansias.

#### PRÍNCIPE

Inés, si el sol en la tierra,  
como produce las plantas,  
infundiera en cada flor  
una deidad, y llegara  
a reducir las bellezas  
con las de tu hermosa cara  
(que es la mayor, dueño mío),  
en otra mujer, palabra  
te doy que siendo tuyo  
en mi corazón no hallara  
ni un cortesano cariño,  
ni una amorosa palabra,  
ni un pequeño ofrecimiento,  
ni un afecto en que mostrara  
átomos de la afición  
con que te adoro, que tanta  
fuerza tiene tu hermosura  
desde que está retratada  
en mi pecho, que tu nombre

tiene por objeto el alma.  
¿Alfonso y Dionís, adónde  
están?

(Sale ALFONSO, niño.)

ALFONSO  
¿Padre?

PRÍNCIPE  
¡Prenda amada!  
¿Y vuestro hermano?

ALFONSO  
Señor,  
ahora merendando estaba,  
¿quieres que vaya a llamarle?

PRÍNCIPE  
Sí, mi vida.

DOÑA INÉS  
¡Espera, aguarda!

(Salen BRITO y VIOLANTE alborotados.)

BRITO  
¡Señor! ¡Señor! Oye.

PRÍNCIPE  
Brito.  
¿qué dices?

VIOLANTE  
¡Señora!

DOÑA INÉS  
¡Cielos!  
¿qué es esto?: dílo, Violante.

VIOLANTE  
Dilo, Brito, que no puedo.

PRÍNCIPE  
¿De qué os turbáis? Hablad ya.

BRITO

Por la orilla del Mondego  
y el camino de la quinta  
tres coches se han descubierto  
y del Rey parecen.

DOÑA INÉS

¿Hay  
más desdichas?

PRÍNCIPE

Vé en un vuelo  
y reconoce quién es.

BRITO

Yo ya he visto, aunque de lejos,  
que el Rey y la Infanta vienen  
y Alvar González con ellos  
y Egas Coello.

PRÍNCIPE

Ambos son  
dos traidores encubiertos.

VIOLANTE

Ya llegan.

DOÑA INÉS

Pues yo me voy  
a retirar.

PRÍNCIPE

Deteneos,  
señora, que estando yo  
con vos, no hay que temer riesgos.

(Salen el REY DON ALONSO, la INFANTA, ALVAR GONZÁLEZ, EGAS COELLO y  
acompañamiento.)

REY

Aquesta es la quinta, entrad.  
Pedro.

PRÍNCIPE

Señor ¿qué es esto?

INFANTA (Aparte.)  
Ahora empieza mi venganza.

DOÑA INÉS (Aparte.)  
Ahora empiezan mis celos.

REY (Aparte.)  
Ahora empieza mi castigo.

PRÍNCIPE (Aparte.)  
Ahora empieza mi tormento.

ALVAR (Aparte.)  
Ahora se enoja el Rey.

EGAS (Aparte.)  
Ahora se quieta el reino.

VIOLANTE (Aparte a BRITO.)  
Ahora te echan a galeras.

BRITO  
Ahora te dan ducientos  
por alcahueta, Violante.

VIOLANTE  
Miente y calle.

BRITO  
Callo y miento.

REY  
No sé cómo reportarme.  
En fin, príncipe Don Pedro,  
¿ocasionáis a que haga  
vuestro padre estos excesos  
de salir para buscaros  
fuera de la Corte?

DOÑA INÉS (Aparte.) (Cielos,  
temiendo estoy su rigor,  
pero con todo yo llevo.)  
Déme vuestra Majestad  
a besar su mano.

REY (Aparte.) (¿El cielo

mayor belleza ha formado?  
De mirarla me enterezo.)  
¿Cómo os llamáis?

DOÑA INÉS  
Doña Inés  
de Castro.

REY  
Alzaos del suelo.

DOÑA INÉS  
Quien a vuestros pies se ve  
goza, señor, de su centro,  
pues en ellos...

REY  
Levantad.

DOÑA INÉS  
Toda mi ventura tengo.

REY  
¡Qué honestidad, qué cordura!  
¿quién es este caballero?

PRÍNCIPE  
Un deudo cercano mío.  
REY También debe ser mi deudo;  
lindo es, ¿cómo os llamáis?

ALFONSO  
Alfonso, al servicio vuestro.

REY  
Por vuestro abuelo será.

DOÑA INÉS  
Tiene muy honrado abuelo.

REY  
Y muy hermosa y muy noble  
madre.

INFANTA (Aparte.)  
¡Qué ha sido esto, cielos!

REY  
Vamos.

INFANTA (Aparte.)  
¿A esto el Rey me trajo?  
Perderé el entendimiento.

REY  
Venid, Infanta.

EGAS  
Señor,  
ved que para vuestro reino  
este inconveniente es grande.

ALVAR  
Y con este impedimento  
de Doña Inés, Doña Blanca  
no logrará su deseo  
de casar en Portugal.

REY  
Ya lo he mirado, Egas Coello;  
mas no es ocasión ahora  
de salir de tanto empeño.

ALFONSO  
Dadme la mano, señor,  
y la bendición.

REY  
¡Qué bueno!  
¡Hay más gracioso muchacho!

INFANTA  
Mis desdichas voy sintiendo.

REY  
Adiós, Doña Inés.

PRÍNCIPE  
Señor,  
guarde mil años el cielo  
a vuestra real Majestad,  
para mi señor y dueño

de mi albedrío.

REY

¡Inés!

¡Cuánto con el alma siento  
no poder aquí, aunque quiera,  
mostrar lo mucho que os quiero!

BRITO

Violante, adiós; que me voy.

VIOLANTE

Brito, adiós; que lo deseo.

PRÍNCIPE

Adiós, Inés de mi vida.

DOÑA INÉS

Adiós, adorado dueño.

PRÍNCIPE

¡Muerto voy!

DOÑA INÉS

¡Yo voy sin alma!

PRÍNCIPE

¡Qué desdicha!

DOÑA INÉS

¡Qué tormento!

## JORNADA II

Salen la INFANTA y ELVIRA, criada.

INFANTA

Esta ya es resolución,  
no me aconsejes, Elvira.

ELVIRA

Infanta, señora, mira  
que aventuras tu opinión.

INFANTA

Aunque lo advierto no ignoro  
también que en desprecio tal,  
una mujer principal  
atropella su decoro.

Deja ya de aconsejarme  
y repara que, agraviada,  
ofendida y despreciada,  
he de morir o vengarme.

A muchas han sucedido  
desprecios de voluntad,  
mas no de la calidad  
que yo los he padecido.

Bien que Inés es muy bizarra,  
y aunque hermosa llegue a verse,  
no es justo llegue a oponerse  
a una infanta de Navarra,  
que compitiendo las dos,  
aunque es grande su belleza,  
para igualar mi grandeza  
el Sol es poco, ¡por Dios!

ELVIRA

El Rey sale.

INFANTA

Pues, Elvira,  
déjame sola, que ahora  
he de hablar claro.

ELVIRA

¿Señora?

INFANTA

Obedece, calla y mira.

ELVIRA

Ya me voy, y ruego al cielo  
que se acabe tu cuidado. (Vase.)

INFANTA

El agravio declarado  
no admite ningún consuelo.

(Sale el REY, solo)

REY

Déjenme solo, Coello,  
que a solas pretendo hablarla;  
quisiera desenojarla.

INFANTA

Pues me ofrece su cabello  
la ocasión, quiero lograr  
mi intento. ¿Señor?

REY

¿Infanta?

INFANTA

¿Tanto favor? ¿Merced tanta?  
¿Que vos me vengáis a honrar?  
¡Gran ventura!

REY

Blanca hermosa,  
tanto os estimo y venero,  
tanto, bella Infanta, os quiero,  
que fuera dificultosa  
la acción que para serviros  
no emprendiera; y este afecto,  
hijo de vuestro respeto,  
me obliga siempre a asistiros  
con un mudo afecto, y tal,  
que en lo entendido y bizarra,  
dudo si sois en Navarra  
nacida, o en Portugal.

INFANTA

Con tanto favor tratáis  
mi fe, que ciega os adora,  
que confusa el alma, ignora  
el modo con que me honráis;  
pero advierte mi cuidado,  
viendo estos extremos dos,  
que me habéis querido vos  
hablar como desposado,  
y advertido del rigor  
que el Príncipe usa conmigo,  
como padre y como amigo  
me mostráis en vos su amor.

REY

¿En qué estaba divertida,  
hija mía, vuestra Alteza?

INFANTA

Sólo en pensar la presteza,  
gran señor, de mi partida.

REY

¿Cómo? ¿Con tal brevedad,  
Infanta, queréis partir?

INFANTA

Eso le quiero decir;  
oiga vuestra Majestad.  
Por concierto de mi hermano  
y vuestros mudos pesares,  
(hoy hable la estimación,  
los demás afectos callen)  
a este mar de Portugal  
de nuestros navarros mares,  
en una ciudad de leños,  
en una escuadra volante  
de delfines que volaban  
a competencia del aire,  
llegué, señor, ¡ay de mí!,  
un lunes, para mí martes,  
que en el dueño y no en el día  
se contienen los azares.  
Fue tan próspero y feliz  
este deseado viaje,  
que parece que anunciaban  
tan venturosas señales  
presagios de la desdicha  
que ahora llega a atormentarme.  
Salió vuestra majestad  
a recibirme y honrarme  
con su persona y amor, hijo  
de los afectos de padre.  
Y cuando al Príncipe, ¡ay, cielos!,  
esperaba para darle  
entre la mano de esposa  
tiernos requiebros de amante,  
posesión del albedrío  
uniendo las voluntades,

supe que quedó en Lisboa  
sin que su cuidado pase  
siquiera a saber con quién  
su Alteza pasa a casarse.  
Este cuidado o descuido  
cuidadoso fueron parte  
para empezar, ¡qué desdicha!,  
el alma a alborotarme,  
y a temer lo que lloré  
dentro de pocos instantes.  
Cuatro veces murió el Sol  
en los brazos de la tarde,  
por cuya muerte la noche  
vistió luto funerable,  
primero que de su cuarto  
fuese al mío a visitarme,  
si fue agravio a mi decoro,  
júzguelo quien amar sabe.  
Al fin vuestra Majestad  
fue a visitarle una tarde;  
lo que le mandó no sé,  
mas bien puedo asegurarme  
que en defender mi justicia  
sería todo de mi parte.  
Al fin me vio, y los empeños  
que tuve en sólo un instante  
que le di audiencia, no es bien  
que mi lengua los relate;  
básteme, siendo quien soy,  
que los sepa y que los calle.  
Que a no ser dentro de mí  
tan bizarra y tan galante,  
¿cómo pudiera pasar  
por el tropel de desaires  
que me han sucedido? ¿Cómo,  
sin que abortara volcanes  
que en cenizas convirtieran  
a quien intentó agraviarme  
atrevido y poco atento?  
Vamos, señor, adelante,  
y perdonad que los celos  
llegan a precipitarme,  
y el corazón a los labios  
se asomó para quejarse.  
Pasadas muchas injurias,  
que es bien que en silencio pase,

a una quinta del Mondego  
fui, porque vos me llevasteis,  
a volver más despreciada  
que me había mirado antes,  
pues se siente más la ofensa  
cuando delante se hace  
de quien, mirando el desprecio,  
llegará a vanagloriarse;  
esto, señor, que parece  
que es sentimiento que hace  
mi persona en exterior,  
según os muestre el semblante,  
no es sino que así he querido  
de mi suceso informarle,  
porque sepa que no ignoro  
lo que vuestra Alteza sabe.  
Que a no ser así, es sin duda  
que no pasara el desaire  
de ir a requebrar los nietos,  
cuando me ofreció vengarme;  
y a no ser así también,  
¿cómo pudiera llevarse  
que Doña Inés compitiera  
(aunque muchas son sus partes)  
conmigo? Que no lo hermoso  
puede igualar a lo grande.  
Decid al Príncipe vos,  
no como Rey, como padre,  
que sus empeños disculpo;  
que ha acertado al emplearse  
en quien tan bien le merece,  
y que mire cuando agravie,  
que no todas, como yo,  
podrán desapasionarse.  
Este pliego es a mi hermano,  
donde le pido que trate  
de enviar por mí, sin que sepa  
lo que ha podido obligarme;  
que no es bien que le dé cuenta  
de semejantes desaires.  
Con mi partida, señor,  
pongo fin a mis pesares,  
principio al gusto de Inés,  
y medio para que trate  
Don Pedro su casamiento,  
sin que yo pueda estorbarle;

que, aunque ya lo está en secreto,  
como llegó a declararme,  
parece que aumenta el gusto  
saber que todos lo saben.  
Adiós, señor; no me tenga  
tu Majestad ni me trate  
jamás sino de partirme;  
porque sería obligarme  
a que haga, por detenerme,  
lo que no por despreciarme;  
que, aunque ahora soy prudente,  
no sé, en llegando a enojarme,  
si me valdrá la prudencia  
para no precipitarme.  
No detenerme es cordura;  
a mi cuarto voy, que es tarde.  
No hay, señor, de qué advertirme;  
que, pues llegué a declararme,  
todo lo habré ya mirado  
(¡voy muriendo!); Dios le guarde.

REY

Oye, Infanta.

INFANTA

Alonso invicto,  
vuestra majestad no mande  
que un instante me detenga,  
o vive Dios, que a esos mares,  
Parténope desdichada,  
me arroje para anegarme. (Vase.)

REY

¿Alvar González? ¿Coello?

(Salen ALVAR GONZÁLEZ y COELLO.)

ALVAR

Señor.

REY

Partid al instante,  
y detened a la Infanta.

ALVAR

Ya voy.

EGAS  
El Príncipe sale.

REY  
No sé cómo de mi enojo  
ahora podrá librarse.  
¡Que así me empeñe mi hijo!  
Irme quiero sin hablarle,  
que si le hablo sospecho  
que no podré reportarme.

(Sale el PRÍNCIPE solo.)

PRÍNCIPE  
Señor, ¿vuestra Majestad  
conmigo airado el semblante?  
¿La espalda volvéis, señor,  
a vuestra hechura?

REY  
Dejadme,  
no me habléis, que estoy cansado  
de ver vuestros disparates.  
Príncipe, no me veáis;  
Egas Coello, aquesta tarde  
de Santarem al castillo  
le llevad preso, allí pague  
inobediencias que han sido  
causas de tantos males.

EGAS  
¡Qué Príncipe tan prudente!

PRÍNCIPE  
Pues yo, señor..., ¿por qué?

REY  
Baste,  
ahora veréis si es mejor  
obedecer o enojarme. (Vase.)

PRÍNCIPE  
En fin, Coello, ¿que voy  
preso a Santarem?

EGAS

Así

lo manda su Alteza; a mí,  
que noble criado soy,  
me toca el obedecer.

PRÍNCIPE

¿Sois vos mi alcaide?

EGAS

El cuidado

y el guardaros ha fiado  
a mi noble proceder  
y a sola la lealtad mía,  
y así es forzoso el hacello.

PRÍNCIPE

Si ahora anochece, Coello,  
mañana será otro día.

EGAS

En cualquier aurora es  
mi lealtad muy de español.

PRÍNCIPE

Mil cosas fomenta el Sol  
que las deshace después.

EGAS

Yo sé que llego a servir  
con fe, señor, verdadera,  
y así muera cuando muera,  
como os sirva con morir.

PRÍNCIPE

Creo que pena os ha dado  
el ver que preso voy.

EGAS Sé que vuestro esclavo soy,  
y que sólo mi cuidado  
os sirve días y noches  
como criado de ley.

PRÍNCIPE

Coello, sirvamos al Rey;  
id a prevenir los coches.

(Vase COELLO y sale BRITO.)

PRÍNCIPE

¿Qué hay, Brito? ¿Qué te parece  
de estrella tan importuna?

BRITO

De esto nos da la fortuna  
cada día que amanece.

PRÍNCIPE

¡Qué doloroso trasunto!  
Muerto estoy, estoy perdido.

BRITO

Sólo Belerma ha vivido  
con el corazón difunto.

PRÍNCIPE

Parte, Brito; dile a Inés  
¿Así te vas?

(Hace BRITO que se va.)

BRITO

¿Por qué no?

PRÍNCIPE

¿Qué le dirás?

BRITO

¿Qué sé yo?  
Ya te lo diré después.  
Quisiera, señor, ponerme  
en la iglesia de San Juan,  
porque esperezos me dan  
de que el Rey ha de prenderme.

PRÍNCIPE

¿Y eso ternes, Brito? Vete;  
mas ¿por qué te ha de prender?

BRITO

Fácil es de conocer;  
porque he sido tu alcahuete;  
y en ocasión semejante

llegara a sentir de veras  
ir a bogar a galeras,  
como me dijo Violante.

PRÍNCIPE

Brito, ve a la esposa mía,  
y dila que pierdo el seso  
hasta que la vea.

BRITO

Y tras eso,  
¿Cómo el Rey preso te envía?

PRÍNCIPE

Pues si preso me quería,  
¿para qué dos veces preso?  
Que a explicar mi sentimiento  
no basto, y si a eso te obligo,  
di todo lo que no digo,  
pues no cabe en lo que siento.

BRITO

Diréle que partes ciego  
por su amor, lo que la adoras,  
lo que suspiras y lloras,  
cuánto te abrasa su fuego.

PRÍNCIPE

A mucho te has obligado;  
que el mal a que estoy rendido  
bien cabe en lo padecido;  
mas no cabrá en lo contado.  
Dila que el Rey inhumano...  
Oye, Brito, Y no la aflijas,  
y aquellas dos perlas, hijas  
de aquel nácar castellano...

BRITO

No te enternescas, señor;  
mira que llorando estás.

PRÍNCIPE

¡Ay, Brito!, no puedo más.

BRITO

¿Adónde está tu valor?

Préndate el Rey, que el proceso  
podrás romper algún día.

PRÍNCIPE

Mas si preso me quería,  
¿para qué dos veces preso? (Vanse.)

(Salen DOÑA INÉS y VIOLANTE.)

VIOLANTE

¿Acabaste ya el papel?

DOÑA INÉS

No.

VIOLANTE

Pues ¿cómo?

DOÑA INÉS

He reparado  
que no cabrá mi cuidado  
ni mis finezas en él.

VIOLANTE

¿Leíste la glosa?

DOÑA INÉS

Sí,  
y es tal, que pude llegar  
cuando la miré, a pensar  
que se escribió para mí.

VIOLANTE

¿Sábesla ya?

DOÑA INÉS

Ya lo sé.

VIOLANTE

¿Toda?

DOÑA INÉS

Nada hay que te espante;  
mientras estuve, Violante,  
en mi cuarto la estudié.

VIOLANTE

¿Quieres decirla, señora?

DOÑA INÉS

Sí, Violante, aquesta es;  
atiende.

VIOLANTE

Ya escucho.

DOÑA INÉS

Pues

no te diviertas ahora.

*Mi vida, aunque sea pasión,*

*no querría yo perdella,*

*por, no perder la razón*

*que tengo de estar sin ella.*

Dichoso y favorecido

me vi, Nise, en un instante,

y luego pasé de amante

a extremos de aborrecido;

mas, aunque airado Cupido,

la flecha trocó en arpón,

no pudo ser ocasión

para desear mi muerte,

que he de querer por quererte,

*mi vida, aunque sea pasión.*

El alma con que vivía

se fue a ti cuando pensaba

que en mi pecho la hospedaba

como tuya, siendo mía;

y aunque perdida la vía,

sin formar de amor querella,

contento me vi sin ella;

mas a no ser en despojos,

Nise, de tus bellos ojos,

*no querría yo perdella.*

Gobierno del hombre han sido

voluntad y entendimiento

con que a la razón atento

mientras hombre fui, he vivido;

pero después que Cupido

puso en ti mi inclinación

puede tanto mi pasión

que jamás, bella mujer,

no te quisiera perder

*por no perder la razón.*  
Cautivo y sin libertad  
vivo después que te vi,  
y aunque viví en mí sin mí  
rendido a tu voluntad,  
esperé de ti piedad;  
pero después que a mi estrella  
tu imperio, Nise, atropella,  
es tan corta mi ventura,  
que ella misma me asegura  
*que tengo de estar sin ella.*

(Sale BRITO.)

BRITO

Esconde, Inés, si es posible,  
que no será fácil, de esos  
peligrosos dulces ojos  
los hermosos rayos negros.  
Esconde, por vida tuya,  
lo canicular, lo fresco,  
lo florido, lo nevado,  
lo apacible, lo severo,  
lo buscado, lo temido,  
lo juguetón, lo compuesto,  
lo alegre, lo mesurado,  
lo lindo, lo más que bello  
de esa cara, que un nublado  
no le ha de faltar a un cielo  
donde hay tantas pesadumbres.

DOÑA INÉS

¿Qué dices?

BRITO

Vete de presto,  
que viene la Infanta acá.

DOÑA INÉS

¿La Infanta acá?

BRITO

Pretendiendo  
hallar en esa ribera,  
por no perder el trofeo,  
una garza que del aire

hoy ha derribado, entiendo  
que ha de llegar.

DOÑA INÉS

Oye, Brito,  
¿garza?

BRITO

Sí.

DOÑA INÉS

¿Y ella la ha muerto?

BRITO

Ella ha sido, que a volar  
con un escuadrón soberbio  
de pájaros salió armada.

DOÑA INÉS

Escuadrón sería de celos,  
pues vino a matarme a mí.

BRITO

En un alazán soberbio,  
con la rienda en una mano  
y en la otra uno dellos,  
la vieras como una Palas,  
o la borracha de Venus.

DOÑA INÉS

Válgame Dios, ¿qué he de hacer?  
Quiero retirarme, quiero  
que no me vea; mas no,  
sin duda es mejor acuerdo  
esperarla y ver si pueden  
cortesanos cumplimientos  
obligarla.

BRITO

Dices bien.

DOÑA INÉS Dime ahora de mi dueño:

¿cómo le dejaste, Brito?

¿Tiene el príncipe Don Pedro  
salud?

BRITO

Aunque de su parte  
sólo a visitarte vengo,  
para que sepas, señora,  
lo que pasa allá de nuevo,  
no es posible, sólo digo,  
mi señora, que te puedo  
asegurar que esta noche  
vendrá a verte.

DOÑA INÉS  
¿Cierto?

BRITO  
Cierto.

DOÑA INÉS  
Y dime, Brito, ¿qué hay  
de la Infanta?

BRITO  
Que la veo  
ya junto a ti.

DOÑA INÉS  
Enhoramala  
venga a estorbar mis intentos.

(Salen la INFANTA, ALVAR GONZÁLEZ, COELLO y CAZADORES.)

INFANTA  
Mucho he sentido perdella.

ALVAR  
Remontó, señora, el vuelo  
tanto, que ha sido imposible  
el hallarla.

INFANTA  
El aire creo  
que en sí la habrá transformado  
para volar más ligero,  
pues della envidioso pudo  
tomar ligereza.

DOÑA INÉS  
El cielo

dé a vuestra Alteza, señora,  
la vida que yo deseo.

INFANTA (Aparte.)  
(No me estuviera muy bien.)  
Inés, levantad del suelo.  
¿Vos aquí?

DOÑA INÉS  
Si esta ventura  
de hablaros, señora, y veros,  
por estar aquí he ganado,  
decir sin lisonja puedo  
que sólo he sido dichosa  
aqueste instante que os veo.

INFANTA  
¿Cómo estáis?

DOÑA INÉS  
Para serviros  
como mi señora y dueño.

INFANTA (Aparte.)  
(Parece que está triste;  
¿si ha sabido que a Don Pedro  
le prendió el Rey? Es sin duda;  
pues, amor, examinemos  
si podéis vivir en mí,  
que, aunque ya muerto os contemplo,  
para llegarlo a creer  
falta el último remedio.)  
Triste estáis.

DOÑA INÉS  
Señora, ¿yo?

INFANTA  
No os aflijáis, que os prometo  
que me holgara de poder  
daros, Doña Inés, consuelo.  
El Príncipe en asistiros  
nunca pudo ser eterno,  
siempre ha menester casarse,  
ya lo está conmigo.

DOÑA INÉS

¡Cielos!  
¿qué decís?

INFANTA

Que a Santarem  
como ya sabéis, fue preso,  
y saldrá para que así,  
en un dichoso himeneo,  
junte dos almas que vos  
habéis dividido.

DOÑA INÉS (Aparte.)

(Esto  
no se puede ya llevar,  
que, fuera de ser desprecio,  
son celos, y nadie ha habido  
cuerda en llegar a tenerlos.  
Responderla quiero.)

INFANTA

Inés,  
suspended un poco el vuelo  
con que altiva habéis volado,  
reducíos a vuestro centro,  
y sírvaos de corrección,  
de aviso y de claro ejemplo  
que a una blanca garza, hija  
de la hermosura del viento,  
volé esta tarde, y, altiva,  
cuando ya llegaba al cielo,  
la despedazó en sus garras  
un gerifalte soberbio,  
enfadado de mirar  
que a su coronado cetro  
desvanecida intentase  
competir. Esto os advierto.

DOÑA INÉS (Aparte.)

(No puedo  
callar ya.)

ALVAR

Mucho la Infanta  
se ha declarado.

EGAS

Yo temo  
alguna desdicha aquí.

DOÑA INÉS

Infanta, con el respeto  
que a tanta soberanía  
se debe, deciros quiero  
que no ajéis de mi nobleza  
lo encumbrado con ejemplos.  
Yo soy Doña Inés de Castro  
Cuello de Garza, y me veo,  
si vos de Navarra infanta,  
reina de aqueste hemisferio  
de Portugal, y casada  
con el príncipe Don Pedro  
estoy primero que vos;  
mirad si mi casamiento  
será, Infanta, preferido,  
siendo conmigo y primero.  
No penséis, señora, no,  
que es profanar el respeto  
que debo, hablaros así,  
sino responder que intento  
desempeñar a mi esposo;  
pues si él asiste en mi pecho,  
con él habláis, no conmigo;  
y puesto que soy él, debo,  
si habláis con Doña Inés,  
responder como Don Pedro.

INFANTA

¡Oh Inés, cómo os olvidáis  
que la que cayó del cielo  
era garza!

DOÑA INÉS

Y blanca y todo,  
según vos dijisteis.

INFANTA

Bueno,  
¿vos me respondéis a mí,  
equivocos desacuerdos?

DOÑA INÉS

Mal he hecho yo, señora.

ALVAR.

¡Que así perdiese el respeto  
a tanta soberanía!

DOÑA INÉS

Sí dije (¡válgame el cielo!)  
que era blanca.

INFANTA

Bien está;  
retiraos.

DOÑA INÉS

Amor, ¿qué es esto?

EGAS

El Rey viene ya.

INFANTA

Mi enojo  
quiero reprimir.

DOÑA INÉS

Yo entro  
temerosa y afligida.  
Vamos, Violante, que espero  
hallar en Dionís y Alfonso,  
si no remedio, consuelo.

(Vanse DOÑA INÉS y VIOLANTE y sale el REY y acompañamiento.)

REY

Lograr no pensé el hallaros.

BRITO

Voy a decir a Don Pedro  
todo cuanto ha sucedido. (Vase.)

REY

Hija Infanta, ¿qué es aquesto?  
¿Cómo ha pasado la tarde  
vuestra Alteza en el empleo  
de la caza?

INFANTA

Gran señor,  
en la falda de ese cerro,  
que la guarnece de plata  
un lisonjero arroyuelo,  
descubrimos una garza,  
y aunque al remontar el vuelo  
perdió la vida, volvió  
a vivir, señor, de nuevo,  
que no tengo con las garzas  
ni jurisdicción ni imperio,  
después que una garza a mí  
con viles celos me ha muerto.

REY

No os entiendo.

INFANTA

¡Ay, gran señor,  
pues bien podéis entenderlo!,  
que no es la enigma difícil  
ni es el engaño encubierto.  
Doña Inés ahora acaba  
de decirme que Don Pedro,  
el príncipe, es ya su esposo;  
y aunque él lo dijo primero,  
no lo creí, por pensar  
que pudiera ser incierto;  
mas después que Doña Inés,  
sin decoro y sin respeto,  
se atrevió a decirlo a mí,  
ha sido fuerza el creerlo.

REY

¿Que la modestia de Inés,  
virtud y recogimiento,  
pudo atreverse a perder  
la veneración que os tengo?  
Vive Dios, Alvar González,  
que el Príncipe, loco y ciego  
ha de ocasionarme a dar  
con su muerte un escarmiento  
tan grande, que a Portugal  
sirva de futuro ejemplo.  
Yo remediaré esta injuria.

INFANTA

Señor, el mejor remedio  
es no buscarle, que yo  
desde este instante os prometo  
olvidar, que sólo olvido  
puede ser, si bien lo advierto,  
medio para que se acabe  
mi enojo, señor, y el vuestro.

REY

¿Qué os parece, Alvar González?

ALVAR

Señor, si ya todo el reino  
espera con alegría  
este feliz casamiento,  
será grande inconveniente  
(así, gran señor, lo entiendo)  
que no llegue a ejecutarse;  
y así, fuera buen acuerdo  
apartar a Doña Inés  
de Portugal.

REY

¿Cómo puedo,  
si está casada?

ALVAR

Señor,  
cuando aqueste impedimento,  
que es el mayor, no se pueda  
remediar...

REY

Dadme consejo.

ALVAR

Me parece que la vida  
de Inés...

REY

¿Qué decís?

ALVAR

Entiendo...

REY

Declaraos; ¿por qué teméis?  
¡Acabad!

ALVAR

Tengo por cierto  
que peligrará.

REY

¿Por qué?

ALVAR

Señor, porque en sólo eso  
consistía el que pudiese  
gozar la Infanta a Don Pedro.

INFANTA

Eso no, que mis agravios,  
aunque ofendida los siento,  
no han de pasar a poder  
conmigo más que yo puedo.  
Viva mil siglos Inés, eso  
que si hoy por ella padezco,  
no es culpada en mis desdichas,  
yo sí, pues yo las merezco.

REY

Vamos a mirar mejor  
lo que se ha de hacer en esto.

ALVAR

¿A la ciudad?

REY

No, que estoy  
cansado y algo indispuerto.  
Vamos a la casería,  
Alvar González, de Coello.

INFANTA

¿Está cerca?

ALVAR

Sí, señora.

REY

Disponed, piadoso cielo,  
modo para consolarme,  
que si aquesto dura, temo  
que me han de acabar la vida,  
pesares y sentimientos.

INFANTA  
Vamos, señor.

REY  
Vamos, hija.

INFANTA  
¡Qué valor!

REY  
¡Qué entendimiento!

INFANTA  
¡Qué prudencia!

REY  
¡Qué cordura!  
Dadme la mano que quiero  
ser vuestro escudero yo.

INFANTA  
Tanto favor agradezco.

REY  
¡Quién viera de aquesta suerte,  
Blanca hermosa, a vos y a Pedro!

(Vanse y salen DOÑA INÉS y el PRÍNCIPE DON PEDRO.)

DOÑA INÉS  
Digo que no me aseguro.

PRÍNCIPE  
¿Posible es que no conoces  
que es imposible engañar,  
Inés, tus hermosos soles?  
Cese el disgusto, mi bien,  
y acábense los rigores;  
no me mates con desaires,  
basta matarme de amores.

¿Tú enojada? ¿Tú tan triste?  
¿Cómo puede ser que borren  
nublados de tus discursos  
tus hermosos esplendores?  
Habla, Inés, dime tu pena,  
¿por qué, mi bien, no respondes?  
Más vale si he de morir  
que me refieran tus voces  
la causa por que me matas;  
no es bien que sintiendo el golpe,  
cuando no ignoro el morir  
el porqué, mi bien, ignore.

DOÑA INÉS

Señor, esposo, mi vida,  
dueño mío, Pedro...

PRÍNCIPE

Ahorre  
tu lengua, Inés, epítetos  
y dime ya quién te pone  
a ti con tal desconsuelo  
y a mí en tantas confusiones.

DOÑA INÉS

Tu padre...

PRÍNCIPE

Habla.

DOÑA INÉS

Pretende...

PRÍNCIPE

Acaba, amores.

DOÑA INÉS

Dispone...

PRÍNCIPE

¿Qué te turbas?

DOÑA INÉS

Que te cases.

PRÍNCIPE

Si aquesos son tus temores,  
inadvertida has andado,  
pues sabes que en todo el orbe  
no he de tener otro dueño.

#### DOÑA INÉS

Aunque miro tus acciones,  
esposo y señor, dispuestas  
a hacerme tantos favores,  
es bien que adviertas que ya  
la fortuna cruel dispone  
que te pierda, dueño mío,  
y que de tus brazos goce  
la Infanta que te previene  
tu padre para consorte.  
Y puesto que no es posible  
que seas mío ni que logre  
más finezas en tus brazos,  
será fuerza que me otorgues,  
Pedro, dueño de mi alma,  
piadosas intercesiones  
para que el Rey, de mi vida  
la vital hebra no corte.  
Con tus hijos viviré  
en lo áspero de los montes,  
compañera de las fieras;  
y con gemidos feroces  
pediré justicia al cielo,  
pues que no la hallé en los hombres,  
de quien de tan dulce lazo  
aparta dos corazones.  
Mis hijos y yo, señor,  
con tiernas exclamaciones,  
huérfanos y sin abrigo,  
daremos ejemplo al orbe  
de los peligros que pasa  
y a cuántas penas se expone  
quien, sin ver inconvenientes,  
se casa loca de amores.  
Por lo que un tiempo me quiso,  
señor, es bien que me otorgue  
esta merced, no padezca  
quien fue vuestra los rigores  
de una injusticia, mi bien,  
que mármoles hay y bronces  
que harán vuestra fama eterna.

Ahora es tiempo de que note  
la mayor fineza en vos;  
mostrad, mostrad los blasones  
de vuestra heroica piedad,  
para que conozca el orbe  
que si matarme el Rey ha pretendido,  
me habéis, heroico dueño, defendido  
con valiente osadía y fe constante,  
por mujer, por esposa y por amante.

#### PRÍNCIPE

No creyera, bella Inés,  
que jamás desconfiaras  
de la fe con que te adoro;  
alza del suelo, levanta,  
enjuga los bellos ojos,  
que las perlas que derramas  
parecen mal en la tierra,  
en tus nácares las guarda,  
que no hay en el mundo quien  
se atreva, esposa, a comprarlas.  
Si mi padre la cerviz  
me derribara a sus plantas;  
si la Infanta, que aborrezco,  
la vida, Inés, me quitara  
porque mi padre contento  
quedase, y ella vengada,  
no sólo fuera su esposo,  
pero yo de mi garganta  
derribara la cabeza  
primero que me obligara  
a decir sí, que te adoro  
de tal suerte, prenda amada,  
que sin ti no quiero vida.

#### DOÑA INÉS

¿Cumplirásme esa palabra?

#### PRÍNCIPE

Digo mil veces que sí.

#### DOÑA INÉS

Pues ya mi temor se acaba.  
Dime ¿cómo has quebrantado  
la prisión?

PRÍNCIPE

Esta mañana  
a Egas Coello le pedí  
me dejase que llegara  
a verte, y aunque es traidor,  
temiendo que me enojara,  
no me impidió.

DOÑA INÉS

Pues, señor,  
volved antes que las guardas  
os echen menos, que es tarde,  
y volvedme a ver mañana.

PRÍNCIPE

Adiós, Inés.

DOÑA INÉS

Adiós, Pedro,  
no me olvides.

PRÍNCIPE

Excusada  
está, esposa, esa advertencia.

DOÑA INÉS

¿Si vuestro padre os lo manda?

PRÍNCIPE

No puede tener mi padre  
jurisdicción en mi alma.

DOÑA INÉS

¿Y si la Infanta porfía?

PRÍNCIPE

Aunque porfíe la Infanta.

DOÑA INÉS

¿Y si el reino se conjura?

PRÍNCIPE

Aunque se perdiera España.

DOÑA INÉS

¿Tanta firmeza?

PRÍNCIPE  
Soy monte.

DOÑA INÉS  
¿Tanto amor?

PRÍNCIPE  
Sólo le iguala  
el tuyo.

DOÑA INÉS  
¿Tanto valor?

PRÍNCIPE  
Nadie en el valor me iguala.

DOÑA INÉS  
¿Tan grande fe?

PRÍNCIPE  
Sí, que ciego  
a tus luces soberanas,  
no es menester que te vea  
para que te adore.

DOÑA INÉS  
Basta;  
adiós, mi bien.

PRÍNCIPE  
Adiós, dueño,  
¡quién contigo se quedara!

DOÑA INÉS  
¡Quién se partiera contigo!  
Muerta quedo.

PRÍNCIPE  
¡Voy sin alma!

DOÑA INÉS  
Adiós, adorado esposo.

PRÍNCIPE  
Adiós, esposa adorada.

### JORNADA III

Dicen dentro como de caza.

UNO

¡To, to por acá; acudid,  
aprisa el sabueso, aprisa!  
¡Al valle, al valle, a la fuente,  
no se escape, arriba, arriba,  
no se nos vaya!

BRITO (Dentro.)

Éstos son  
cazadores de Coimbra.

CAZADOR

¡Subid al monte, subid!  
¡Huyendo va la corcilla,  
hacia la fuente, acudid!

(Salen el PRÍNCIPE y BRITO.)

PRÍNCIPE

¡Ay, Doña Inés de mi vida!  
Parecióme que acosada,  
mal hallada y perseguida,  
hacia la fuente llegaba.

BRITO

¿Quién, señor?

PRÍNCIPE

Mi Inés divina.

BRITO

¿Otro agüerito tenemos?

PRÍNCIPE

Sin duda fue fantasía,  
porque a ser verdad, es cierto  
que mi esposa no se iría,  
Brito, a arrojar a la fuente,

sino a las lágrimas mías.

BRITO

De Santarem has venido  
y estamos ya de la quinta  
una legua poco más;  
pronto la verás muy fina  
entre tus brazos.

PRÍNCIPE

¡Ay, cielos!

BRITO

Y ahora ¿por qué suspiras?

PRÍNCIPE

Porque no llego a sus brazos.

BRITO

Todo esto es azarería.

PRÍNCIPE

Di, Brito, que éste es deseo  
de gozar la peregrina  
deidad de Inés, que es tan grande  
que sólo pudo a ella misma  
igualarse.

BRITO

Así es verdad.

PRÍNCIPE

Todas las flores de envidia  
suelen quedar...

BRITO

¿De qué suerte?

PRÍNCIPE

O agostadas o marchitas.  
La rosa, reina de todas,  
mirando a mi Inés divina  
quedó corrida de verla,  
pálida y envejecida.  
El clavel, Brito, agostado,  
cuando miró en sus mejillas

más viva púrpura envuelta  
en sangre de Venus fina.  
Díjome un bello jazmín:  
jamás, Príncipe, permitas  
que tu Inés vea las flores,  
porque en viéndolas, corridas,  
no se atreven a crecer;  
y tras sí mismas perdidas,  
siendo maravillas todas,  
dejan de ser maravillas.

BRITO

¿Cuándo te ha hablado el jazmín  
que te ha dicho estas mentiras?  
Ten seso y vamos al caso.

PRÍNCIPE

Advierte, pues yo quería,  
porque ninguno me viese,  
no llegar hasta la quinta.  
Y para esto esta carta  
de Santarem traigo escrita,  
porque desde aquí la lleves;  
y otra también prevenida  
traigo para el Condestable;  
llévalas pues.

BRITO

¿Y me envías  
con estas cartas a mí?

PRÍNCIPE

Pues ¿a quién jamás se fía  
mi pecho, si no es a ti?  
Parte, acaba.

BRITO

Y si por dicha  
me encontrase Alvar González  
y Egas Coello, que privan  
con el Rey tu padre agora,  
y hecha general visita  
de todas las faltriqueras  
viesen las cartas, y vistas  
me mandasen ahorcar;  
pregunto, señor, ¿sería

buen viaje el que hubiera hecho?

PRÍNCIPE

No temas, pues que te anima  
mi valor.

BRITO

¡Qué linda flema!  
Si estoy ahorcado por dicha  
una vez, ¿de qué provecho  
lo que me ofreces sería?  
¿Para mí podría valerme  
tu valor en la otra vida?

PRÍNCIPE

Brito, llevarlas es fuerza.

BRITO

¿Pues por qué causa a la vista  
de la quinta te detienes?

PRÍNCIPE

Porque mi padre en la quinta  
me dicen que está, de Coello,  
que a cazar vino estos días,  
y no quiero que me vea.

BRITO

Y si prosiguen la enigma  
de la garza esos dos sacres  
que la prisión solicitan  
de Inés, pregunto, señor,  
¿qué hará el Príncipe?

PRÍNCIPE

¿Por dicha,  
aquestos sacres villanos  
se atreverán a mi dicha?  
Porque guardada mi garza  
y alentada de sí misma,  
aunque con tornos la cerquen,  
aunque airados la persigan,  
remontará tanto el vuelo  
que la perderán de vista.  
Y los sacres altaneros,  
cuando vean que examina

por las campañas del aire  
toda la región vacía,  
cansados de remontarse  
en mirándola vecina  
del cielo, que es centro suyo,  
y en él a Inés, esculpida,  
si la buscan garza errante,  
la hallarán estrella fija.

BRITO

Lindamente la has volado,  
di ya lo que determinas.

PRÍNCIPE

Que partas, Brito, al Mondego,  
que yo te espero en la quinta  
que está de allá media legua  
y una legua de Coimbra.

BRITO

Allí estarás escondido  
mientras yo aviso a la ninfa  
más hermosa de la tierra.

PRÍNCIPE

Sí, Brito; allí determina  
mi amor quedarte esperando,  
allí la esperanza mía,  
hasta que te vuelva a ver,  
de un cabello estará asida.  
Allí mi amor mal hallado,  
aguardará a que le digas  
si puede llegar a ver  
el objeto que le anima.  
Allí, Brito, viviré,  
si es que puede ser que viva,  
quien tiene, como yo tengo,  
en otra parte la vida.

BRITO

Allí puedes esperar  
a que luego allí te diga  
lo que allí ha pasado, allí;  
que has dicho una retahila  
de allíes para cansar  
con allíes una tía.

¡Cuerpo de Dios con tu allí!

PRÍNCIPE

Dila muchas cosas; dila  
que las niñas de mis ojos,  
en su memoria perdidas,  
si bien como niñas lloran,  
sienten también como niñas...

BRITO

¡Viva el príncipe Don Pedro!

PRÍNCIPE

Di que Inés mi dueño viva.

BRITO

¡Qué amor tan de Portugal!

PRÍNCIPE

¡Qué verdad tan de Castilla!

(Vanse y salen a un balcón DOÑA INÉS y VIOLANTE con almohadillas.)

DOÑA INÉS

¿Qué hora es?

VIOLANTE

Las tres han dado.

DOÑA INÉS

Trae, Violante, el almohadilla

VIOLANTE

Aquí está ya.

DOÑA INÉS

Pues sentadas  
esto que falta del día  
estemos en el balcón.  
¡Ay de mí!

VIOLANTE

¿Por qué suspiras?

DOÑA INÉS

Porque desde ayer estoy

sin el alma que me anima.

VIOLANTE

¿Cantaré?

DOÑA INÉS

Canta, Violante;  
divierte las penas mías.

(Canta VIOLANTE.)

*Es verdad que yo la vi  
en el campo entre las flores,  
cuando Celia dijo así:  
¡Ay, que me muero de amores,  
tengan lástima de mí!*

DOÑA INÉS

Aguarda, espera, Violante,  
deja ahora de cantar,  
que temo alguna desdicha  
que no podré remediar.

VIOLANTE

¿Qué tienes, señora mía?  
¿Hay algún nuevo pesar?

DOÑA INÉS

Por los campos de Mondego  
caballeros vi asomar,  
y según he reparado  
se van acercando acá,  
Armada gente les sigue,  
válgame Dios, ¿qué será?  
¿A quién irán a prender?  
Que aunque puedo imaginar  
que el rigor es contra mí,  
me hace llegarlo a dudar  
que son para una mujer  
muchas armas las que traen.

VIOLANTE

Jesús, señora, ¿eso dices?

DOÑA INÉS

Violante, no puede más

mi temor; pero volvamos  
a la labor, que será  
inadvertida prudencia  
pronosticarme yo el mal.

(Salen el REY, ALVAR GONZÁLEZ, EGAS COELLO y gente.)

REY  
Mucho lo he sentido, Coello.

ALVAR  
Señor, vuestra Majestad  
por sosegar todo el reino,  
no lo ha podido excusar.

EGAS  
Señor, aunque del rigor  
que queréis ejecutar,  
parezca que en nuestro afecto  
haya alguna voluntad,  
sabe Dios que con el alma  
la quisiéramos librar;  
pero todo el reino pide  
su vida, y es fuerza dar,  
por quitar inconvenientes,  
a Doña Inés.

REY  
Ea, callad.  
¡Válgame Dios, trino y uno!  
Que así se ha de sosegar  
el reino. ¡A fe de quien soy,  
que quisiera más dejar  
la dilatada corona  
que tengo de Portugal,  
que no ejecutar severo  
en Inés tan gran crueldad.  
Llamad, pues, a Doña Inés.  
EGAS Puesta en el balcón está  
haciendo labor.

REY  
Coello,  
¿visteis tan gran beldad?  
¡Que he de tratar con rigor  
a quien toda la piedad

quisiera mostrar!

ALVAR

Señor,  
si severo no os mostráis  
peligra vuestra corona.

REY Alvar González, callad;  
dejadme que me enternezca,  
si luego me he de mostrar  
riguroso y justiciero  
con su inocente deidad.  
¡Ay, Inés, cómo ignorante  
desta batalla campal  
es poco acero la aguja  
para defenderte ya!  
Llamadla, pues.

ALVAR

Doña Inés,  
mirad que su Majestad  
manda que al punto bajéis.

REY

¿Hay más extraña maldad?

DOÑA INÉS

Ponerme a los pies del Rey  
será subir, no bajar. (Vanse del balcón.)

ALVAR

Ya viene.

REY

No sé donde  
la pudiera, ¡ay Dios!, librar  
deste rigor, desta pena;  
mas, por Dios, que he de intentar  
todos los medios posibles.  
Egas Coello, mirad  
que yo no soy parte en esto;  
y si es que se puede hallar  
modo para que no muera,  
se busque.

EGAS

Llego a ignorar

el modo.

ALVAR  
Yo no le hallo.

REY  
Pues si no le halláis, callad,  
y a nada me repliquéis.

(Salen DOÑA INÉS y los NIÑOS y VIOLANTE.)

DOÑA INÉS  
Vuestra Majestad real  
me dé sus plantas, señor;  
Dionís y Alfonso, llegad;  
besadle la mano al Rey.

REY  
¡Qué peregrina beldad!  
¡Válgate Dios por mujer!  
¿Quién te trajo a Portugal?

DOÑA INÉS  
¿No me respondéis, señor?

REY  
Doña Inés, no es tiempo ya  
sino de mostrarme airado,  
porque vos la causa dais  
para alborotarme el reino  
para intentaros casar  
con el Príncipe, mas esto  
es fácil de remediar,  
con probar que el matrimonio  
no se puede hacer.

DOÑA INÉS  
Mirad...

REY Inés, no os turbéis, que es cierto;  
vos no os pudisteis casar  
siendo mi deuda, con Pedro  
sin dispensación.

DOÑA INÉS  
Verdad  
es, señor, lo que decís;

mas antes de efectuar  
el matrimonio, se trajo  
la dispensación.

REY

Callad,  
noramala para vos,  
Doña Inés, que os despeñáis,  
pues si es como vos decís,  
será fuerza que muráis.

DOÑA INÉS

De manera, gran señor,  
que cuando vos confesáis  
que soy deuda vuestra, y yo,  
atenta a mi calidad,  
ostentando pundonores,  
negada a la liviandad,  
para casar con Don Pedro,  
dispensas hice sacar,  
¿mandáis que muera, ¡ay de mí!,  
a manos desta crueldad?  
¿Luego el haber sido buena  
queréis, señor, castigar?

REY

También el hombre en naciendo  
parece, si le miráis,  
de pies y manos alado,  
reo de desdichas ya,  
y no cometió más culpa  
que nacer para llorar.  
Vos nacisteis muy hermosa,  
esa culpa tenéis, mas...  
(Aparte.)  
No sé, vive Dios, qué hacerme.

EGAS

Señor, vuestra Majestad  
no se enterezca.

ALVAR

Señor,  
no mostréis ahora piedad,  
mirad que aventuráis mucho.

REY

Callad, amigos, callad,  
pues no puedo remediarla,  
dejádmela consolar.  
¡Doña Inés, hija, Inés mía...!

DOÑA INÉS

¿Estoy perdonada ya?

REY

No; sino que quiero yo  
que sintamos este mal  
ambos a dos, pues no puedo  
librarte.

DOÑA INÉS

¿Hay desdicha igual?  
¿Por qué, señor, tal rigor?

REY

Porque todo el reino está  
conjurado contra vos.

DOÑA INÉS

Dionís, Alfonso, llegad,  
suplicad a vuestro abuelo  
que me quiera perdonar.

REY

No hay remedio.

ALFONSO

¡Abuelo mío!

DIONÍS

¿No ve a mi madre llorar?  
Pues ¿por qué no la perdona?

REY

Apenas puedo ya hablar,  
Inés, que muráis es fuerza,  
y aunque la muerte sintáis  
sabe Dios, aunque yo viva,  
quién ha de sentirla más.

DOÑA INÉS

No siento, señor; no siento  
esta desdicha presente,  
sino porque Pedro ausente  
tendrá mayor sentimiento;  
antes viene a ser contento  
en mí esta muerte homicida,  
que perder por él la vida  
no ha sido nada, señor,  
porque ha mucho que mi amor  
se la tenía ofrecida,  
y cuando tu Majestad  
quiera quitarme la vida  
la daré por bien perdida,  
que en mí viene a ser piedad  
lo que parece crueldad,  
si bien en viendo mi muerte  
y mi desdichada suerte  
morirá también mi esposo,  
pues este rigor forzoso  
no será en él menos fuerte.  
De parte os ponéis, señor,  
del mal, porque al bien excede,  
y ayudar a quien más puede  
es flaqueza, no es valor;  
si el cielo dio a Pedro amor  
y a mí (porque más dichosa  
mereciese ser su esposa)  
belleza de él tan amada,  
no me hagáis vos desdichada  
Porque me hizo Dios hermosa.  
Sed piadoso, sed humano:  
¿cuál hombre, por lo cortés,  
vio una mujer a sus pies,  
que no le diese una mano?  
Atributo es soberano  
de los reyes la clemencia  
tenga, pues, en mi sentencia,  
piedad vuestra Majestad,  
mirando mi poca edad  
y mirando mi inocencia.  
No os digo tales afectos  
aunque el sentimiento elijo  
por mujer de vuestro hijo,  
por madre de vuestros nietos,  
sino porque hay dos sujetos  
que muerto uno, ambos mueren:

que si dos liras pusieren  
sin disonancia ninguna  
herida sólo la una  
suena esotra que no hieren.  
¿Nunca, di, llegaste a ver  
una nube que hasta el cielo  
sube amenazando el suelo,  
y entre el dudar y el temer  
irse a otra parte a verter,  
cesando la confusión,  
y no en su misma región?  
Pues en Pedro esto ha de ser,  
siendo nubes en su ser,  
son llanto en mi corazón.  
¿No oíste de un delincuente  
que por temor del castigo  
llevando a un niño consigo  
subió a una torre eminente,  
y que por el inocente  
daba sustento forzoso  
a entrambos el juez piadoso  
Pues yo a mi Pedro me así,  
dadme vos la vida a mí  
por que no muera mi esposo.

REY

Doña Inés, ya no hay remedio;  
fuerza ha de ser que muráis,  
dadme mis nietos y adiós.

DOÑA INÉS

¿A mis hijos me quitáis?  
rey Don Alfonso, señor,  
¿porqué me queréis quitar  
la vida de tantas veces?  
Advertid, señor, mirad  
que el corazón a pedazos,  
dividido me arrancáis.

REY

Llevadlos, Alvar González.

DOÑA INÉS

Hijos míos, ¿dónde vais,  
dónde vais sin vuestra madre?  
¿Falta en los hombres piedad?

¿Adónde vais, luces mías?  
¿Cómo que así me dejáis  
en el mayor desconsuelo  
en manos de la crueldad?

ALFONSO

Consuélate, madre mía,  
y adiós te puedes quedar,  
que vamos con nuestro abuelo  
y no querrá hacernos mal.

DOÑA INÉS

Posible es, señor, rey mío,  
padre, que así me cerráis  
la puerta para el perdón  
que no lleguéis a mirar  
que soy vuestra humilde esclava?  
¿La vida queréis quitar  
a quien rendida tenéis?  
Mirad, Alfonso, mirad,  
que aunque vos llevéis mis hijos,  
y aunque abuelo seáis,  
sin el amor de la madre  
no se han de poder criar.  
Ahora, señor, ahora,  
ahora es tiempo de mostrar  
el mucho poder que tiene  
vuestra real Majestad.  
¿Qué me respondéis, rey mío?

REY

Doña Inés, no puedo hallar  
modo para remediaros,  
y es mi desventura tal  
que tengo ahora, aunque Rey,  
limitada potestad.  
Alvar González, Coello,  
con Doña Inés os quedad,  
que no quiero ver su muerte.

DOÑA INÉS

¿Cómo, señor, os vais;  
a Alvar González y a Coello  
inhumano me entregáis?  
Hijos, hijos de mi vida;  
dejádmelos abrazar.

Alonso, mi vida, hijo  
Dionís, amores, tornad,  
tornad a ver vuestra madre.  
Pedro mío, ¿dónde estás,  
que así te olvidas de mí?  
¿Posible es que en tanto mal  
me falte tu vista, esposo?  
¡Quién te pudiera avisar  
del peligro en que afligida  
Doña Inés, tu esposa, está!  
REY Venid, conmigo, infelices  
infantes de Portugal.  
¡Oh, nunca, cielos, llegara  
la sentencia a pronunciar,  
pues si Inés pierde la vida,  
yo también me voy mortal!

(Vase el REY con los NIÑOS.)

DOÑA INÉS

¿Que al fin no tengo remedio?  
Pues rey Alfonso, escuchad:  
Apelo aquí al supremo  
y divino tribunal,  
adonde de tu injusticia  
la causa se ha de juzgar. (Vanse.)

(Sale el PRÍNCIPE con una caña en la mano.)

PRÍNCIPE

Cansado de esperar en esta quinta  
donde Amaltea sus abries pinta  
con diversos colores  
cuadros de murtas, arrayán y flores,  
sin temer el empeño,  
me he acercado por ver mi hermoso dueño,  
a esta caña arrimado,  
que por lo humilde sólo la he estimado,  
Pues al verla me ofrece  
que en lo humilde a mi esposa se parece.  
Entré por el jardín sin que me viera  
el jardinero, pasé la escalera,  
y sin que nadie en casa haya encontrado,  
he llegado a la sala del estrado.  
¡Hola, Violante, Inés, Brito, criados!  
Nadie responde; pero ¿qué enlutados

a la vista se ofrecen?  
El Condestable y Nuño me parecen.

(Salen el CONDESTABLE y NUÑO con lutos.)

CONDESTABLE  
¡Válgame Dios!

NUÑO  
El Príncipe es sin duda.

CONDESTABLE  
Yerta tengo la voz, la lengua muda.

PRÍNCIPE  
Condestable, ¿qué es esto? ¿Qué hay de nuevo?

CONDESTABLE  
Decidlo, Nuño, vos.

NUÑO  
Yo no me atrevo.

PRÍNCIPE  
¿Qué tenéis? respondedme en dudas tantas.

CONDESTABLE  
Denos tu Majestad sus reales plantas.

PRÍNCIPE  
¿Mi padre es muerto ya?

CONDESTABLE  
Señor, la Parca  
cortó la vida al ínclito Monarca.

PRÍNCIPE  
Pues ¿adónde murió?

CONDESTABLE  
En la quinta ha sido  
de Egas Coello, porque había venido  
su Majestad a caza, y de repente  
le sobrevino el último accidente  
de su vida, y de suerte nos quedamos,  
que con haberlo visto, lo dudamos.

PRÍNCIPE

Aunque con justo llanto  
deba sentir haber perdido tanto,  
mi mayor sentimiento  
(la lengua se desmaya y el aliento)  
es no haberme llamado  
para verle morir. Mas pues el hado  
dispuso (adversa suerte)  
que no llegase al tiempo de su muerte,  
en sus honras verán hoy mis vasallos  
en cuánto al dolor llevo a imitallos,  
excediendo a la pena desta nueva  
todo el dolor y pena que yo deba.  
Y pues mi Inés divina es tan hermosa  
mi muy amada esposa,  
ya que alegre y contenta  
hoy su grandeza en Portugal ostenta,  
todo en aqueste día,  
si hasta aquí fue pesar, será alegría.  
Llamad a mi Inés bella.

CONDESTABLE (Aparte.)

¡Qué desdicha!

PRÍNCIPE

No se dilate, Nuño, aquesta dicha;  
al punto llamad a mi ángel bello.

CONDESTABLE

Sepa tu Majestad que Egas Coello  
y Alvar González a Castilla han ido.

PRÍNCIPE

Sin duda mis enojos han temido;  
alcanzadlos, que quiero  
ser piadoso, no airado y justiciero,  
y a los pies de mi Inés luego postrados,  
de mí y la Reina quedarán honrados.

NUÑO

¡Oh desdichada suerte!

CONDESTABLE

Hoy recelo del Príncipe la muerte. (Vanse.)

PRÍNCIPE

¡Que ha llegado ya el día  
en que pueda decir que Inés es mía!  
¡Qué alegre y qué gustosa  
reinará ya conmigo Inés hermosa!  
Y Portugal será en mi casamiento  
todo fiestas, saraos y contento,  
o en público saldré con ella al lado:  
un vestido bordado  
de estrellas la he de hacer, siendo adivina,  
porque conozcan, siendo Inés divina,  
que cuando la prefiero,  
si ellas estrellas son, ella es lucero.  
¡Oh, cómo ya se tarda!  
¡Qué pensión tiene quien amante aguarda!  
¿Cómo a hablarme no viene?  
Mayores sentimientos me previenen.  
A buscarla entraré, que tengo celos  
de que a verme no salgan sus dos cielos.

(Canta una voz.)

*¿Dónde vas el caballero,  
dónde vas, triste de ti?,  
que la tu querida esposa  
muerta está que yo la vi.  
Las señas que ella tenía  
bien te las sabré decir:  
su garganta es de alabastro  
y sus manos de marfil*

PRÍNCIPE

Aguarda, voz funesta,  
da a mis recelos y temor respuesta,  
aguarda, espera, tente.

(Sale la INFANTA de luto y le detiene.)

INFANTA

Espera tú, señor, que brevemente  
a tu real Majestad decirle quiero  
lo que cantó llorando el jardinero.  
Con el Rey mi señor que muerto yace,  
por cuya muerte todo el reino hace  
tan justo sentimiento,  
a divertir un rato el pensamiento,

salí a caza una tarde,  
haciendo a mi valor vistoso alarde  
llegué a esa quinta donde yace muerto,  
este dolor advierto  
(¡oh cielos, oh pena airada!)  
hallé una flor hermosa, pero ajada,  
quitando (¡oh dura pena!)  
la fragancia a una cándida azucena,  
dejando el golpe airado  
un hermoso clavel desfigurado,  
trocando, con airado desconsuelo,  
una nube de fuego en duro yelo.  
Y en fin, muestre valor ya tu grandeza,  
a quitar hoy al mundo la belleza  
provocándole a ello  
Alvar Conzález y el traidor Coello.  
Con dos golpes airados,  
arroyos de coral vi desatados  
de tina garganta tan hermosa y bella  
que aun mi lengua no puede encarecella,  
pues su tersa blancura  
cabal dechado fue de su hermosura.  
Parece que no entiendes  
por las señas quién es, o es que pretendes  
quedar del sentimiento  
por basa de su infausto monumento,  
mas para que no ignores  
quién padeció estos bárbaros rigores  
ya te diré quién es, estáme atento,  
que, su sangre sembrada por el suelo,  
murió tu bella Inés.

PRÍNCIPE

¡Válgame el cielo!

(Desmáayase.)

INFANTA

Del pesar que ha tomado  
el nuevo Rey, ¡ay Dios!, se ha desmayado.

¡Caballeros, fidalgos, hola gente!

CONDESTABLE

¿Qué manda vuestra alteza?

INFANTA

Un accidente

al Rey le ha dado, remediadle al punto,  
pues temo es ya difunto,  
que yo, compadecida  
de que la hermosa Inés perdió la vida  
y de aqueste espectáculo sangriento,  
en las alas del viento,  
lastimada y amante,  
a Navarra me parto en este instante.

(Vase la INFANTA.)

CONDESTABLE

El Rey está desmayado.  
Rey de Portugal, señor,  
cese, cese ya el dolor  
que el sentido os ha quitado,  
si vuestra esposa ha faltado  
no faltéis vos; id severo,  
riguroso, airado y fiero  
contra quien os ofendió,  
quien amante os advirtió  
os admire justiciero.

(Vuelve en sí el PRÍNCIPE.)

PRÍNCIPE

Si Inés hermosa murió  
¿no fue por quererme? Sí.  
¿Muriera mi Inés aquí  
si no me quisiera? No.  
Luego la causa soy yo  
de la pena que le han dado;  
¿cómo Pedro, desdichado,  
si Inés murió vivo quedas?  
¿Cómo es posible que puedas  
no morir de tu cuidado?  
En fin, Inés, por mí ha sido,  
por mí que ciego te adoro  
(de cólera y pena lloro  
la muerte que has padecido  
sin haberla merecido);  
¿cuál fue la mano cruel  
que de mi inocente Abel  
(a pesar de mi sosiego),  
bárbaro, atrevido y ciego  
cortó el hermoso clavel?

¿Qué me detengo? Ya voy;  
voy a ver mi muerto bien.  
¿Quién, cielos divinos, quién  
me ha olvidado de quien soy?  
¿Cómo reportado estoy?  
Aguarda, Inés celestial,  
que también estoy mortal;  
no te partas sin tu esposo,  
que me dejarás quejoso  
si no partimos el mal.

CONDESTABLE

¿Dónde vas, señor?

PRÍNCIPE

A ver  
mi Doña Inés hermosa,  
ver mi difunta esposa,  
la que reina ha de ser.

CONDESTABLE

Mirad que podéis perder  
la vida, señor.

PRÍNCIPE

Callad;  
dejad que la vea, dejad  
que en sus brazos llegue a verme,  
que no hago nada en perderme  
perdida ya su deidad.

(Sale NUÑO.)

NUÑO

Ya a Alvar González y a Coello  
presos trajeron, señor.

PRÍNCIPE

Mostrar quiero mi rigor  
en los dos. ¡Ay, ángel bello!  
Quisiera poder hacello  
en estos dos inhumanos,  
matándolos con mis manos  
sin que mi piedad inciten.  
Por las espaldas les quiten  
los corazones villanos;

y para mayor tormento,  
procuren, si puede ser,  
que los dos los puedan ver  
antes que les falte aliento;  
y luego para escarmiento,  
con dos crueles arpones,  
entre horror y confusiones,  
queden mil pedazos hechos;  
¡Oh, si pudiera en dos pechos  
caber muchos corazones!  
Veamos ahora a Inés.

CONDESTABLE

Gran señor, no la veáis;  
mirad que así aventuráis  
la vida; vedla después.

PRÍNCIPE

¿Por qué lástima tenéis  
de mi vida si estoy muerto?  
Verla quiero, pues advierto  
que no puede ser mayor  
mi tormento y mi dolor.

CONDESTABLE

Ya, gran señor, está abierto.

(Descubren a DOÑA INÉS muerta sobre unas almohadas.)

PRÍNCIPE

¿Posible es que hubo homicida  
fiero, cruel y tirano,  
que con sacrílega mano  
osó quitarte la vida?  
¿Cómo es posible, ¡ay de mí!,  
cómo, cómo puede ser  
que quien a mí medio el ser  
te diese la muerte a ti?  
Por su cuello, ¡pena fiera!,  
corre la púrpura helada  
en claveles desatada.  
¡Ay, Doña Inés, quién pudiera  
detener ese raudal,  
dar vida a ese hermoso sol,  
dar aliento a ese arrebol,  
y soldar ese cristal!

¡Ay mano, ya sin recelo  
ser alabastro pudieras,  
que hasta ahora no lo eras  
porque te faltaba el yelo!  
Ya faltó tu hermoso abril,  
si bien piensa mi cuidado,  
Inés, que te ha transformado  
en estatua de marfil.  
Si la vida te faltó  
tampoco, Inés, tengo vida,  
pues mi hermosa luz perdida  
no estoy menos muerto yo.  
Nuño de Almeida, a Violante  
de mi parte la decid  
que os entregue una corona  
que yo a mi esposa le di  
cuando me casé, en señal  
de que reinaría feliz  
si viviera.

NUÑO

Voy por ella. (Vase.)

PRÍNCIPE

Vos, Condestable, advertid  
que os encarguéis del entierro,  
llevándola desde aquí  
a Alcobaza con gran pompa  
honrándome en ella a mí.  
Y porque yo gusto de ello,  
el camino haréis cubrir  
de antorchas blancas que envidie  
el estrellado zafir  
todas diez y siete leguas,  
que también lo hiciera así  
si como son diez y siete  
fueran diez y siete mil.

(Vase el CONDESTABLE, trae NUÑO la corona y besa la mano a DOÑA INÉS.)

NUÑO

Esta es la corona de oro.

PRÍNCIPE

De otra manera entendí  
que fuera Inés coronada,

mas pues no lo conseguí,  
en la muerte se corone.  
Todos los que estáis aquí  
besad la difunta mano  
de mi muerto serafín;  
yo mismo seré rey de armas:  
Silencio, silencio, oíd:  
Esta es la Inés laureada,  
ésta es la reina infeliz  
que mereció en Portugal  
reinar después de morir.

(Sale el CONDESTABLE.)

CONDESTABLE  
Murieron los dos, a quien  
espalda y pecho hice abrir.

PRÍNCIPE  
Cubrid el hermoso cuerpo  
mientras que voy a sentir  
mi desdicha. ¡Ay, bella Inés!,  
ya no hay gusto para mí,  
que faltándome tu sol  
¡cómo es posible vivir!  
Vamos a morir, sentidos;  
amor, vamos a sentir.

(Vase el PRÍNCIPE.)

CONDESTABLE  
Esta es la Inés laureada  
con que el poeta da fin  
a su tragedia, en que pudo  
*Reinar, después de morir.*

FIN